



Conceptos básicos de una hipótesis revolucionaria

Jesús Rodríguez, militante de Anticapitalistas
Cádiz, 30-12-2017

1. Objetivo y antecedentes

Estas notas pretenden ser útiles a quienes se acercan a una organización revolucionaria. No componen un texto completo y profundo sino que sirve para introducirse en conceptos e ideas básicas de una organización como Anticapitalistas.

Dichas notas tienen un precedente en el artículo publicado en anticapitalistas.org sobre “Tiempos Políticos y Estrategia” de L. M. (<http://anticapitalistas.org/spip.php?article29511>), sin el cual éstas no se entenderían.

En este texto recogemos tres debates que nos parecen centrales en una hipótesis estratégica revolucionaria (dejamos claro que se trata de una hipótesis de trabajo, no es una estrategia cerrada, y por tanto sujeta a la evidencia empírica, a la prueba de la práctica y a su adaptación a los cambios en el contexto general): la unidad, el programa, la toma del poder.

2. La unidad

La unidad es un debate clave en momentos de aceleración de tiempos y de oportunidades para el cambio. Quien acierta en la cuestión unitaria tiene opciones de convertirse en la fuerza política con más capacidad de incidir en los acontecimientos, con más capacidad hegemónica. En tiempos políticos acelerados hay una presión para la unidad, para concentrar fuerzas y ser capaces de obtener victorias.

Vamos a tratar de trabajar la cuestión de la unidad desde un punto de vista histórico y desde ahí, con las concepciones de unidad discutidas en los años 20 y 30 del siglo XX (un periodo muy fértil para la discusión en el movimiento obrero tras la revolución rusa y el combate contra el fascismo) trataremos de discutir la unidad en el periodo político actual, avisando de que hay que huir del paralelismo histórico y más bien utilizando lo aprendido históricamente para ubicarse en las coordenadas correctas en una geografía política muy distinta.

2.1 Sectarismo

Presentaremos como método describir las tres opciones posibles en relación a la unidad. Explicaremos primero las dos opciones que nos parecen errores simétricos y a partir de ahí la que puede incluir elementos más acertados.

Primera opción y primer error: el sectarismo. Desde nuestro punto de vista el primer error que se puede cometer es pensar que los y las revolucionarias por sí solas, sin más ayuda que sus propias fuerzas, y en constante denuncia de las organizaciones y direcciones reformistas, pueden llegar a ser mayoría social sin practicar ningún tipo de política unitaria en ningún momento.

Hay dos premisas para realizar esta discusión. En primer lugar, que nosotras entendemos que la clase trabajadora avanza fundamentalmente a partir de la experiencia. No se avanza por repetir consignas de manera persistente sino por las experiencias de los sectores más avanzados y decididos (lo que vamos a llamar vanguardia para distinguirlos políticamente de aquellos sectores que permanecen más inactivos en periodos de tiempos determinados y que tienen menos experiencia por tanto en las organizaciones). Y por tanto en la conformación de la conciencia y organización de la clase pesan de manera muy distinta las derrotas y las victorias. Mientras que las personas y colectivos que perduran después de las derrotas son elementos con una conciencia avanzada y con una cierta perspectiva de combate de largo plazo, las derrotas generan retrocesos enormes en las mayorías sociales, desmovilizan y generan conciencia individualista (mejor salvarse uno solo que ser derrotado en compañía). En segundo lugar, que, a diferencia de nuestro tiempo, importantes sectores de la clase trabajadora en los años 20 y 30 del siglo XX, cuando se producían estos debates, militaban en las organizaciones sindicales y políticas de la clase y en sus corrientes. Y que además de militar leían su prensa, seguían las discusiones de sus organizaciones políticas y sindicales, pero sobre todo tenían mucha confianza en las mismas. Es decir, en general, el orgullo de pertenecer a una organización (mientras las condiciones de vida eran lamentables y el mundo te confinaba a las

ataduras materiales del trabajo asalariado o de vivir en barrios obreros sin servicios) tenía que ver con formar parte de algo que iba a cambiar el destino del mundo. Ese orgullo implicaba un nivel de connivencia grande con las direcciones por parte de la militancia de base.

Pongamos un ejemplo histórico. Alemania a finales de los años 20 y principio de los años 30 vivía un momento de crisis económica y social, y el movimiento obrero (fuerte y organizado) vivía bajo la sombra de la amenaza del ascenso del fascismo de Hitler. Durante esos años el Partido Comunista, que ya estaba bajo la dirección de Stalin desde Moscú, había asumido la tesis del VI Congreso de la Internacional Comunista por la cual los partidos comunistas iban ubicar a los partidos socialistas y socialdemócratas como los principales enemigos. “Socialfascistas” iban a llamarlos; es decir, socialistas de palabra y fascistas en los hechos. Hay que recordar que el Partido Socialdemócrata Alemán (SPD) constituía una verdadera maquinaria de la clase trabajadora alemana con un peso enorme en los sindicatos, en las asociaciones barriales, deportivas, etc... Este partido el SPD tenían también un importante bagaje de traiciones a la clase trabajadora a sus espaldas (incluida la traición a la revolución a finales de la segunda década del siglo que acabó con la muerte de dirigentes y militantes revolucionarios), pero aún así su programa reformista seguía siendo socialista (no era un partido liberal o que aceptaba el marco liberal como los partidos socialdemócratas actuales). Sin embargo, al no tener una orientación para las bases y sectores que se encuadraban bajo el paraguas del SPD, el partido comunista renunciaba a poder influir en la experiencia de dichas bases. Al erigir como principal enemigo al SPD, antes que a Hitler, los militantes del KPD y el SPD no llevaban a cabo acciones políticas, sociales y sindicales conjuntamente que pudieran obtener victorias y dar confianza a la clase trabajadora en la capacidad de levantar una alternativa frente a la crisis y frente al fascismo. El fascismo crecía a sus anchas ante el enfrentamiento en el seno del movimiento obrero y la incapacidad de éste último de ser alternativa frente a los sectores intermedios y dubitativos de la sociedad, que sólo veían al fascismo, cada vez más, con la capacidad de imponerse.

El ascenso de Hitler supuso el aplastamiento de todo el movimiento obrero y también de sus organizaciones.

El sectarismo conlleva pensar que en un contexto de derrota las ideas y organizaciones revolucionarias pueden crecer. Puedes crecer en 10, 50, 100, 500 militantes, pero sin experiencias de victorias, sin confianza en sus propias fuerzas de los y de las de abajo, las organizaciones revolucionarias no pueden crecer. No habrá afiliaciones masivas a organizaciones revolucionarias cuando la desmoralización y el escepticismo son los sentimientos mayoritarios socialmente. Sólo pueden elegir su grado de aislamiento.

2.2 Segunda opción y ¿segundo error?

Los Frentes Populares. Frente a esa experiencia fracasada, el VII Congreso de la Internacional Comunista (IC) da un giro de 180 grados e imprime una política generalizada de Frentes Populares. No vamos a entrar en los aspectos internacionales de esta política de Frente Popular y en los intereses de la burocracia de la URSS para imponer esa política en todos los partidos comunistas. La política de Frente Popular significaría un acuerdo entre todas las fuerzas “democráticas”-obreras y burguesas progresistas- para frenar al fascismo y luchar por la democracia. Desde luego situar al fascismo como primer enemigo es un avance en relación al VI Congreso, pero aún así esta política nos parece un error, en términos generales, aunque pueda adquirir dinámicas distintas. Veamos por qué y comentemos un par de ejemplos y un contraejemplo histórico.

En primer lugar el fascismo es el producto último de la burguesía, que ante una situación de crisis y de peligro de ascenso del movimiento obrero, prefiere una salida fascista aunque suponga la pérdida del control directo del poder político. En segundo lugar, no pensamos que exista una burguesía progresista encaminada a llevar las tareas democráticas (libertades, reforma agraria...) pendientes. De hecho desde la mitad del siglo XIX la burguesía ya ha comprendido que su enemigo político es la clase trabajadora organizada. En tercer lugar, ninguna fracción de la burguesía, y aquí está el elemento fundamental del análisis, no pacta con su adversario a cambio de nada: pedirá que en esos años no se desarrolle el ejercicio de huelga, pedirá situarse en el marco de la legalidad, etc...es decir pedirá la desmovilización política, social y organizativa del movimiento obrero, consolidando la legitimidad del orden existente. Aquí es donde situamos el elemento de reflexión y de crítica a la teoría del Frente Popular. Un pacto que te desmoviliza, que conlleva el sacrificio del propio movimiento de las clases subalternas conduce, de otra(s) manera (s), también a la derrota.

El fabuloso libro de Claudín (independientemente de la evolución última del autor) *La Crisis del Movimiento Comunista Internacional*, contiene numerosos ejemplos de la política desarrollada por la IC durante las décadas de los años 20,30 y 40 del siglo XX. Nos apoyamos en dos ejemplos concretos para explicar el fracaso político de los Frentes Populares y un contraejemplo útil para pensar en lógicas alternativas. Eludimos hablar de dos procesos apasionantes que requieren y merecen una discusión aparte: la Chile de la Unidad Popular y Salvador Allende (la editorial Sylone ha sacado un libro magnífico sobre la experiencia chilena) y la revolución española (fundamentalmente con las aportaciones del POUM).

2.3 Dos ejemplos de fracaso de Frentes Populares: Italia y Francia

Francia. “la revolución frustrada”. En palabras de Claudín “ Es evidente que en las condiciones de 1945, con el ejército rojo en el Elba, la confirmación de la posibilidad revolucionaria creada en Francia e Italia hubiera sido la victoria de la revolución en la Europa continental, y la modificación radical del equilibrio mundial de fuerzas. Pero y en 1944-1945, ¿quién detuvo a “medio camino” el impulso revolucionario del proletariado francés e italiano? En aquellos años ese proletariado estaba, en su gran masa, bajo la dirección de los partidos comunistas. En una palabra, únicamente los partidos comunistas francés e italiano podían, en 1944-1945, frenar el impulso revolucionario del proletariado. Y efectivamente lo frenaron. El verdadero interrogante es: ¿fue legítimo desde de los intereses de la revolución?

Vamos a hacer referencia a la política de los partidos comunistas francés e italiano durante la ocupación nazi de sus países y a los años justamente posteriores a la liberación de dicha ocupación, sabiendo en todo momento que dichos partidos eran el bastión militante de la resistencia a la ocupación, aunque hubo otras formaciones con aportes militantes a la resistencia partisana.

El Partido Comunista Francés (PCF) había asumido el pacto germanosoviético entre Hitler y Stalin (un nuevo zig-zag en la política de los partidos comunistas), un pacto para sellar la paz, previo a la II Guerra Mundial, pero que también suponía el reparto de algunos países (Polonia) entre ambas potencias. De hecho el PCF para justificar la invasión de Polonia por la Unión Soviética llega a afirmar: “la Polonia de los terratenientes no merecía ser sostenida”, y ensalza la ocupación de su parte oriental por el ejército soviético. Justifica también la ocupación de los países bálticos por la URSS. Ambos hechos podía haberlos explicado como medidas militares de signo antialemán (por ejemplo, haber afirmado que había que proteger las fronteras soviéticas de un posible ataque alemán, si esto, por supuesto, tuviera alguna justificación posible), pero la dirección del PCF hace suya la versión mistificadora que da la diplomacia soviética. “Cuando Mólotov (quien firma el pacto en nombre de la URSS) presenta a Francia e Inglaterra como las potencias agresoras y a Alemania animada de intenciones pacíficas, el partido hace suya esta posición, que además de falsear burdamente la realidad, es suicida en las condiciones francesas.” dice Claudín, ya que la burguesía nacionalista francesa, dirigida por De Gaulle, aprovecha ese vacío para ubicar a los “comunistas” como traidores y tomar la bandera de la liberación nacional.

El cambio de relaciones en la II Guerra Mundial incide en la orientación del PCF que pasa de ver a De Gaulle (el líder de la derecha nacionalista francesa que luchaba contra la

ocupación alemana de Francia), a la burguesía nacionalista como un enemigo al aliado principal, retornando a la idea de Frente Popular. Se abandona la defensa del pacto germano soviético (ya una vez se inician las acciones bélicas entre Alemania y la URSS) y se retorna a la idea de una alianza con la burguesía democrática frente al fascismo. Y sigue Claudín "El PCF llama a la resistencia, a la acción armada inmediata, y la organiza sin escatimar riesgos ni sacrificios. La iniciativa y el valor de los comunistas, su capacidad de organización, conquistan progresivamente para el partido la simpatía del pueblo. Vienen a sus filas los elementos más combativos entre los obreros, los estudiantes, los intelectuales. Pero en el plano político el partido incurre en el error opuesto al de la primera fase de la guerra. Si durante esta fase Inglaterra y los Estados Unidos eran calificados de enemigos del pueblo francés, ahora se renuncia a toda crítica de los que pasan a ser grandes Estados democráticos aliados. Hasta el 22 de junio De Gaulle es un simple agente de Londres, pero a partir del 22 de junio de Gaulle pasa a ser, naturalmente, el aliado. En los meses que siguen, el PCF adhiere al Comité Francés de Liberación Nacional [CFLN], dirigido por De Gaulle y de composición reaccionaria".

El PCF pondrá la base militante y popular, De Gaulle la dirección simbólica y política. El Frente Popular sirve para dar a De Gaulle lo que no tenía , y se lo da en nombre de la democracia: una base obrera y popular impresionante regalada por el PCF. Tal fue el esfuerzo heroico del PCF que se le reconoció como el partido de los fusilados.

Dejamos otra líneas del mismo libro "En el curso de 1943, y sobre todo en los primeros meses de 1944, la red unitaria de la Resistencia adquiere gran desarrollo en toda Francia, y en esa red los comunistas ocupan posiciones clave, que en el plano de la organización les dan la posibilidad de tener una función dirigente. Pero la posibilidad de ejercer realmente esta función en las batallas decisivas que se aproximaban – de ejercerla en sentido revolucionario – y conseguir que la Liberación desembocara en una transformación radical de la sociedad francesa, no era cuestión únicamente de puestos en el aparato de la Resistencia, ni de capacidad en la organización de la lucha armada ni tampoco de espíritu de sacrificio y coraje en la lucha. Además de todo eso, y en primer lugar, era una cuestión de orientación política. Y de que existiera en la dirección del partido la voluntad de tal transformación revolucionaria. La insurrección nacional que sigue al desembarco aliado en Normandía puso prácticamente al orden del día el problema del poder. La mayor parte de Francia, incluido París, es liberada por las fuerzas armadas de la Resistencia, con ayuda de las masas, sin intervención directa de los ejércitos aliados. Los comités de liberación se convierten, por doquier, en órganos de poder, y las milicias patrióticas adquieren carácter masivo. El Partido Comunista es la fuerza política predominante de este gran levantamiento popular. Su prestigio y su influencia no tienen rival. Este hecho, por sí solo, testimonia del carácter revolucionario de la situación. Porque el Partido Comunista, aunque los acontecimientos no iban a

confirmarlo, era para las masas el partido de la revolución. De Gaulle, como revelan sus Memorias, tenía perfecta conciencia de que la dirección de los elementos combatientes estaba en manos del PCF.

La cuestión, en efecto, para un verdadero partido revolucionario en aquella situación, no era un planteamiento abstracto de la conquista del poder por el proletariado, sino la toma del poder por la Resistencia, por la Resistencia auténtica. No era enfrentarse directamente con de Gaulle, sino obligar a de Gaulle a enfrentarse con la Resistencia. De Gaulle lo percibía con clarividencia y maniobró hábilmente. Comenzó a instalar su dispositivo y a recortar los poderes de los comités de liberación. Fue avanzando cada vez con más seguridad al comprobar que el PCF cedía el terreno sin oponer gran resistencia. Hasta que hizo el sorprendente descubrimiento de que en el Partido Comunista tenía la gran fuerza "patriótica" capaz de cooperar con más eficacia que ninguna otra a la restauración de la France éternelle (La Francia eterna)".

De Gaulle va a aprovechar el prestigio del partido comunista para domesticar a la clase trabajadora. La alianza democrática frente al fascismo va a ser el lugar desde dónde ir restaurando el orden e ir reduciendo a la clase trabajadora a un lugar desde donde no esté en cuestión quien ostenta el poder.

"En los primeros meses que siguen a la instalación del gobierno De Gaulle, la dirección del PCF, bajo la presión del movimiento espontáneo de masas, y de las corrientes revolucionarias que alientan en su seno, aplica una línea ambigua, defendiendo a los comités de liberación, pero sin promover una acción de masas resuelta. De Gaulle responde firmando el decreto de disolución de las milicias. Los dos ministros del PCF en el gobierno protestan pero permanecen en el gobierno. La dirección del partido da instrucciones internas para mantener la organización de las milicias y no entregar las armas. El 27 de noviembre llega el secretario general del PCF. Su primera gran consigna es: "¡Un solo Estado, una sola policía, un solo ejército" . En efecto, desde que llega Thorez (el Secretario General) las organizaciones del partido reciben instrucciones de disolver las milicias y entregar las armas".

Existía un estado en crisis, donde había que recomponer ley y orden, ejército y jueces, policía y gobiernos, tras la huida de los alemanes. Era un estado donde el poder del nuevo gobierno estaba en disputa con el poder de la resistencia y de los trabajadores. El acuerdo entre el PCF y De Gaulle va servirle a éste último para ir recomponiendo lentamente el Estado y para ir recomponiendo la idea de orden y democracia, democracia funcional a la burguesía francesa.

Para ello no sólo va a apoyarse en el PCF para liquidar al poder partisano salido de la resistencia, sino que además el PCF se lanza a una batalla por la producción y llama a los

trabajadores a "reconstruir nuestra gran industria sobre bases más racionales y asegurar su pleno rendimiento". Tras el final de la ocupación se multiplican los movimientos huelguísticos y las demandas salariales. De Gaulle y la derecha no pueden frenar este ascenso de las movilizaciones. Será el PCF a través de CGT (el sindicato hegemonizado en Francia por el PCF en su momento y que sería el equivalente a CCOO en su relación con el PCE) intente domesticar las acciones huelguísticas y comenzará una campaña de acoso contra los dirigentes huelguísticos, acusándoles de infantilismo y aventureros. "Es el momento de trabajar más por Francia" afirmaba la dirección del PCF.

Y el partido se resigna al bloqueo de los salarios decretado por el gobierno en el que figuran sus ministros. Igualmente es la actitud del PCF ante la lucha de los pueblos oprimidos por el colonialismo francés. No nos vamos a detener pero el esfuerzo del PCF por mantener el acuerdo con De Gaulle y de aparecer como un partido de orden y democracia lleva a posiciones lamentables en temas como Argelia o Vietnam.

Mientras el PCF limita su acción y la de la clase trabajadora, De Gaulle y la burguesía han recompuesto el Estado, la legalidad y la hegemonía cultural sobre la Francia Democrática y Republicana. Cumplida la misión, De Gaulle se deshará de la colaboración ministerial del PCF.

Saquen sus propias conclusiones

Otra revolución frustrada , Italia. " La política del Partido Comunista italiano [PCI] durante la Resistencia, la Liberación y los primeros años de la postguerra, no difiere esencialmente, en cuanto a su orientación general, de la del partido francés".

La subordinación del PCI a Moscú no fue nunca tan incondicional como la del PCF. Su Secretario General, Palmiro Togliatti era más inteligente y flexible que su homólogo francés. "El pacto germanosoviético le costó al PCI la ruptura del acuerdo unitario con el Partido Socialista, pero no repercutió en su política y su situación en el país con la misma gravedad que en el caso francés "por motivos que no.

Dice Claudín" La entrada de la Unión Soviética en la guerra permite reconstruir rápidamente (octubre de 1941) el pacto de unidad con los socialistas, y ampliarlo al grupo antifascista "Justicia y Libertad" (que poco después toma el nombre de Partido de Acción).

Durante 1942 la lucha antifascista se activa a lo largo de la península, sobre todo en el norte. En la primavera de 1943 los obreros de Turín toman la iniciativa de un potente movimiento huelguístico que se propaga a Milán y Génova, englobando a más de cien mil obreros. La derrota alemana en Stalingrado, el desembarco angloamericano en Sicilia y

las huelgas obreras del norte, hacen comprender a los círculos dirigentes de la burguesía italiana que ha llegado la hora de desprenderse de Mussolini y ponerse a la sombra protectora de los aliados. Su objetivo principal, naturalmente, es prevenir una salida revolucionaria a la crisis del régimen, y el gobierno Badoglio muestra desde el primer momento su verdadera cara. En una circular gubernamental se dan las siguientes instrucciones: "Todo movimiento debe ser aplastado inexorablemente en su origen". Sin embargo, la caída de Mussolini hace que se multipliquen las huelgas, los trabajadores elijan comisiones de representación en fábricas, los partidos clandestinos salen a la luz. Ya nada podía para en ese momento la efervescencia que existía nivel masivo en la sociedad italiana.

El rey y el mariscal, la gran burguesía italiana, pensaban que podrían reprimir al enemigo interior apoyándose en un pacto con los alemanes que todavía ocupaban el norte y los aliados en el Sur. Como ese acuerdo a tres bandas no fue posible, se busca un pacto con los aliados en el Sur para intentar prevenir que el fin de Mussolini y la ocupación desemboque en una revolución. "Y pasará un mes más sin que Badoglio declare la guerra a Alemania. Al fin lo hará el 13 de octubre bajo la presión del alto mando aliado. Italia quedará dividida en dos zonas: la ocupada por los alemanes, que en el verano de 1944 quedará reducida al norte; la zona ocupada por los aliados, que, inversamente, comprenderá el sur y el centro. Desde noviembre de 1943 el movimiento de masas y la acción armada comienzan a adquirir gran envergadura en la zona norte. Estallan importantes huelgas. A iniciativa de la dirección comunista del norte, y con apoyo del Comité de Liberación Nacional de la Alta Italia (que incluye los partidos comunista, socialista, de Acción, liberal y demócratacristiano), en marzo de 1944 se declara la huelga general en el territorio ocupado por los alemanes. Simultáneamente el movimiento guerrillero se desarrolla con mucha rapidez. En el verano de 1944 hay ya unos 100 000 combatientes".

Durante un tiempo, en la zona ocupada por los alemanes, donde los partisanos liberan territorios constituyen órganos de poder nuevo elegidos por el pueblo con formas de poder popular. El PCI y el PSI serán las fuerzas hegemónicas en esos órganos de nuevo poder en la zona norte, con primacía del primero. Mientras en el Sur, todavía el PCI, el PSI y el Partido de Acción (muy radicalizados estos dos últimos y situados en ese momento a la izquierda del PCI) planteaban que los objetivos de la Resistencia no podían limitarse a la Democracia dirigida por la burguesía y realizan una campaña contra el rey y el Mariscal, reclamando una Asamblea Constituyente. Los aliados, y en concreto Churchill, se oponen a cualquier vía de este tipo y las fuerzas obreras desafiarán a Churchill y organizan una huelga que al final acabará en un mitín.

La llegada del Secretario General del PCI, Togliatti, a Nápoles, desde el exilio, dará un vuelco a la situación. Propone "aplazar el problema de las instituciones hasta que pueda convocarse una Asamblea constituyente, poner en primer plano la unión de todas las corrientes políticas en la guerra contra Alemania e ir a la creación inmediata de un gobierno de unión nacional". A cambio la clase dominante italiana sacrifica un peón, Víctor Manuel III que anunció su decisión de retirarse y nombrar lugarteniente del reino al príncipe Umberto, una vez que Roma hubiera sido liberada, allanando el camino al compromiso. El Frente Popular tomaba cuerpo. El propio Togliatti entrará como Ministro en el gobierno presidido por Badoglio, legitimando las renunciadas al hasta ahora vigente programa de PCI-PSI-Partido de Acción en las fechas previas. Una renuncia en favor de la unidad democrática y nacional frente al fascismo.

Hay que señalar que el PCI comenzó a crecer rápidamente, pero más rápidamente comenzaron a constituirse las nuevas fuerzas políticas de las viejas clases dirigentes, explotando a fondo la magnífica cobertura que les proporcionaban las fuerzas de izquierda (sobre todo el baño de legitimidad que les proporcionaba el PCI). La Democracia Cristiana (que se llegó a convertir en la primera fuerza italiana durante la segunda mitad del siglo XX) supo leer el momento para constituir un contrapeso de masas al movimiento obrero y reconstituir una fuerza para las clases dominantes. Para ello amalgamó religión, retórica social (incluso socialista), libertad y democracia, incluso fue integrando sectores del derrotado fascismo ahora reconvertidos a demócratas.

Las clases dominantes tenían que reconstituir un nuevo régimen y un nuevo estado que les permitiera mantenerse en el poder y para ello tenían que encorsetar el campo de posibilidades y potencialidades del nuevo movimiento obrero, hegemónico en la Resistencia Antifascista.

"Los sindicatos se desarrollaban impetuosamente, surgía un potente movimiento campesino en el Mezzogiorno, el partido comunista, el socialista, y en general toda la izquierda antifascista se fortalecían. Pero la política de unión nacional exigía que su acción no rebasara ciertos límites, más allá de los cuales se ponía en peligro la solidaridad gubernamental". Esta inacción frente a las demandas populares en el Sur provocaba desánimo entre sectores de trabajadoras y trabajadores. Este desánimo no provocaba desbordes de la situación porque el PCI servía de amortiguador, convencido de su orientación general. Pero si había episodios de movilización desbordante, la Democracia Cristiana acusaba al PCI de complicidad con el desorden y éste sufría el desgaste de la posición contradictoria en la que se había ubicado.

Así y tras sucesivas crisis, "El Partido Socialista y el Partido de Acción se niegan a participar en el nuevo gobierno que, evidentemente, va a continuar – empeorada – la política del anterior. Pero el PCI acepta entrar con liberales y demócratas cristianos.

Togliatti es nombrado vicepresidente del gobierno, puesto, como consta en su biografía, “sobre todo honorífico y representativo”, pero considera que esta solución de la crisis es una victoria de la política de unidad nacional”.

Igualmente el objetivo de la clase dominante era frenar a los partisanos en el Norte, su potencia política, su capacidad de generar un nuevo poder popular. Y por ello, para desgastar a la guerrilla partisana se paralizó el avance aliado en otoño de 1944, dejando que la guerrilla librara sola el combate con las fuerzas de ocupación alemana y se desgastara.

El giro dado en el Sur se impuso políticamente en el seno del mando unificado guerrillero en el Norte, con el voto en contra de los Partidos Socialistas y de Acción y el voto a favor del PCI junto a los partidos burgueses (Liberal y Democristiano).

“El ejército guerrillero y la combativa clase obrera del norte enfrentaron solos las ofensivas fascistas y el duro e interminable invierno de 1944-1945. Y en esta prueba demostraron que no eran sólo el “gobierno legal” sino el poder real en la Italia industrial (el Norte italiano era y es la zona industrial de Italia). A mediados de abril de 1945, cuando Alemania está ya prácticamente derrotada, los aliados inician la ofensiva. El ejército guerrillero y la clase obrera se adelantan con la insurrección general. Combinando las acciones armadas con las huelgas insurreccionales, liberan todas las grandes ciudades y la mayor parte del territorio antes de que lleguen las tropas aliadas. Pero dejemos la palabra a Longo, que fue uno de los principales dirigentes de la Resistencia: “Más de 300 000 guerrilleros iniciaron a principios de abril de 1945 los combates activos en el norte de Italia y una tras otra liberaron Bolonia, Módena, Parma, Piacenza, Génova, Turín, Milán, Verona, Padua y toda la región de Venecia. Los guerrilleros salvaron las empresas industriales y las comunicaciones que los alemanes se preparaban a destruir, hicieron decenas de miles de prisioneros y se apoderaron de considerable armamento. Los guerrilleros establecieron en todos los lugares el poder de los Comités de Liberación Nacional y ejecutaron a los principales cabecillas del fascismo italiano [...] Durante diez días, hasta la llegada de las tropas y las autoridades aliadas, los comités de liberación nacional dirigieron en el norte de Italia toda la vida política, social y económica. Por lo que se refiere al gobierno de Roma, en cuanto los aliados le transmitieron la dirección de todo el país, se apresuró a sustituir a todas las personas colocadas por los comités de liberación en cargos de responsabilidades con funcionarios del viejo aparato administrativo”.

Comienza, a partir de ahí, una carrera de legitimidades y de disputa entre el poder de la clase dominante y el poder guerrillero y de la clase obrera industrial.

“La administración militar angloamericana declaró el estado de guerra en el norte de Italia. Abolió todas las disposiciones democráticas de los comités de liberación nacional y destituyó del aparato dirigente a los que contaban con la confianza del pueblo, sustituyéndolos por funcionarios reaccionarios. Devolvió a los monopolistas y terratenientes la propiedad que se les había confiscado. Los ocupantes desarmaron a los destacamentos guerrilleros y disolvieron el comité de liberación nacional del norte de Italia. El PCI fue el primero en facilitar el desarme de los guerrilleros, como recordó Togliatti en el V Congreso del partido (diciembre de 1945): “A todos nos une el acuerdo de no recurrir a la violencia en la lucha entre los partidos. Este acuerdo exige el desarme de todos, y nosotros fuimos los primeros en hacerlo tomando medidas para su realización por las unidades guerrilleras.” La insurrección de la Italia septentrional suscitó una ola de entusiasmo y esperanza en el pueblo. En el curso de 1945 todos los partidos antifascistas de izquierda se convirtieron en partidos de masas. El comunista pasó de 400 000 miembros en abril a 1 700 000 en diciembre. El socialista contaba con unos 800 000 y el Partido de Acción alrededor de 250 000 miembros”.

El “viento del norte” partisano significaba la posibilidad de organizar una enérgica lucha de masas por la defensa y vigorización de las múltiples formas incipientes de un nuevo poder democrático que habían ido surgiendo durante la guerra de liberación. La consigna lanzada por el Partido de Acción – llevar a término la “revolución del CLN” – reflejaba la disposición de un amplio sector de la pequeña burguesía, y sobre todo de las capas intelectuales y profesionales, de ir junto con la clase obrera hacia una transformación democrática socialista”.

La política de Frente Popular irá generando las condiciones para la limitación del movimiento obrero y para el rearme (político, militar y cultural) de la burguesía italiana, a través de la reconstrucción del estado y del papel de la Democracia Cristiana. La victoria posterior de la DC y la exclusión del PCI del gobierno parecía una profecía autocumplida. Saquemos, una vez más, conclusiones.

2.4 Yugoslavia, el contraejemplo

Obviamos aquí todas las contradicciones internacionales entre la política de la Kominform (organización internacional de Partidos Comunistas que prosiguió a la disolución de la Internacional Comunista) y los Partidos Comunistas, entre los intereses de la burocracia estalinista y las tareas nacionales de los partidos comunistas. Abordamos simplemente la cuestión yugoslava, tratando de ver cómo la lucha por la democracia y la revolución

pueden ir de la mano si la clase trabajadora no se somete al marco político de las burguesías nacionales.

“La dirección del PCY elaboró y aplicó desde el primer día de la ocupación hitleriana una política en la que se asociaban estrechamente la liberación nacional y la transformación revolucionaria del país. Considerando este último aspecto no como un objetivo para después de la victoria sobre el invasor, sino a realizar sobre la marcha misma de la guerra.

A medida que se iba liberando el territorio se instauraba el poder del pueblo, basado en órganos creados con la participación directa de las masas y de los combatientes. Lo más característico de esta orientación revolucionaria no era tanto lo avanzado del programa – de carácter más bien moderado, pero orientado a la transición al socialismo: su más inmediato objetivo era la revolución agraria, que se efectuaba sobre la marcha misma de la lucha –, como la construcción de ese nuevo poder popular. La unidad antifascista fue concebida, a diferencia de Francia e Italia, sobre esa base: agrupaba a todos los partidos, grupos, tendencias y personas que se pronunciaban claramente en pro de los objetivos, y del método para realizarlos, más arriba indicados; excluía no sólo a los cómplices del invasor, sino a los que preconizaban la restauración del régimen monárquico, e incluso a los que pretendían conservar el sistema capitalista en el marco de una democracia burguesa parlamentaria. De donde se derivaba inevitablemente que la guerra de liberación tomara, al mismo tiempo, un carácter de guerra civil contra la burguesía y los terratenientes. Los pequeños destacamentos guerrilleros, las acciones locales de acoso y desgaste del enemigo, no eran suficientes para decidir la suerte de la revolución. Podían haber bastado, como fue el caso en Francia e Italia, para preparar el terreno y facilitar las operaciones de los ejércitos de las grandes potencias, pero no para que el pueblo decidiera por sí mismo de su destino. Por eso el PCY se planteó desde el primer día la creación de un ejército regular revolucionario, capaz no sólo de derrotar a los invasores sino de inspirar respeto a los “aliados”. Esta orientación, llevada a cabo venciendo dificultades ingentes, fue uno de los factores clave de la victoria de la revolución yugoslava.

En lugar de agrupar contra el invasor el máximo de aliados, ¿no echaba en sus brazos a parte de ellos? El coronel Mijailovitch y sus tchetniks (nacionalistas serbios), brazo armado dentro del país del gobierno real exilado (en enero de 1942 Mijailovitch fue nombrado ministro de la defensa por el rey Pedro) reconocido por las tres grandes potencias aliadas, siguieron esa evolución. No porque el coronel yugoslavo fuera menos antihitleriano, ni menos patriota, que de Gaulle o Badoglio, sino porque la política del PCY proseguía desde el primer día objetivos revolucionarios a los que los partidos comunistas de Francia e Italia habían renunciado. Tito (el dirigente del PCY) intentó en varias

ocasiones llegar a un acuerdo con Mijailovitch para la acción común contra los invasores, pero sobre bases políticas que garantizaran las aspiraciones revolucionarias de las masas, a lo que el ministro de defensa del rey Pedro no accedió, naturalmente. Pero ese enfrentamiento con el poder popular naciente y con su ejército de liberación no aisló al Partido Comunista yugoslavo; aisló a Mijailovitch y sus tchetniks, forzados a descubrir ante el pueblo los objetivos reaccionarios, la conservación del viejo régimen social explotador, que ofrecían como perspectiva a los sacrificios y el heroísmo de los combatientes. El crecimiento del ejército revolucionario, la instauración del nuevo poder en las zonas liberadas, empujaba cada vez más a Mijailovitch a una alianza tácita – y en ocasiones abierta – con los ocupantes, lo que contribuía a su desprestigio y aislamiento.

De donde resultaba, al mismo tiempo, que el gobierno real exilado en Londres (en torno al cual se agrupaban los principales líderes burgueses liberales y socialdemócratas) perdía su base armada en el país. Y lo mismo le sucedía a Churchill. Esta política del PCY encontró la oposición decidida de Stalin”.

No vamos a entrar en detalle en las polémicas del PCY con la URSS y la dirección estalinista, que llegó a retirar la ayuda militar a la resistencia antifascista, mientras se las proporcionaban a los Tchetniks; o la suspensión de la emisión de la radio “Yugoslavia libre” que emitía desde la URSS. Tito aprobó una constituyente que eligió gobierno provisional, como forma de construir una relación de fuerzas del proceso revolucionario y antifascista en marcha. También se prohibió el retorno del rey Pedro. Ante la construcción de una relación de fuerzas propia, no subordinada, Tito consiguió negociar de tú a tú ante las potencias extranjeras sin asumir condiciones.

Desde esa posición de fuerzas se consiguió de nuevo negociar la reanudación del envío de armas soviéticas (primeros meses de 1944) y aliadas (desde finales de 1943).

“Los dirigentes revolucionarios yugoslavos maniobraron con habilidad. La necesidad de conjugar la firmeza con la prudencia, de no ceder en lo esencial y maniobrar en lo accesorio, a fin de ganar tiempo para consolidar la revolución y, sobre todo, fortalecer el ejército, fue particularmente clara para los dirigentes comunistas yugoslavos desde los últimos meses de 1944”.

Yugoslavia se libró de la ocupación alemana e hizo la revolución (más allá de lo que pensemos de la posterior experiencia).

2.5 El Frente único

Si el aislamiento de los y las revolucionarias es un error y el de la política de unidad con fracciones de la burguesía puede acabar en una también derrota por autolimitación de las potencialidades del movimiento ¿qué tipo de práctica unitaria y en qué contexto debe ser practicada?

Las organizaciones revolucionarias suelen ser minoritarias en el seno del movimiento obrero, salvo en raras excepciones y sobre todo salvo en momentos muy particulares, de aceleración de las contradicciones sociales y efervescencia política. La idea del Frente Único reflexionada en los primeros congresos de la Internacional Comunista intenta aproximarse a dos necesidades: el fortalecimiento de la clase trabajadora en su conjunto y la mejora de la relación de fuerzas de los y las revolucionarias frente a las organizaciones e ideas reformistas.

Dicha tesis, defendida por Lenin y Trotsky, entre otros y otras, planteaba la necesidad de que organizaciones reformistas y revolucionarias, pero del campo de la clase trabajadora, llegaran a acuerdos y golpearan juntas en momentos determinados. En el plano sindical, social, político, se podrían llegar a acuerdos entre las organizaciones de la clase trabajadora (fíjese que aquí se excluyen las organizaciones burguesas). La idea es doble: estratégicamente conseguir avances para la clase trabajadora, conseguir una dinámica de movilización que brinde victorias, mejore el nivel de organización y combatividad de la clase; pero al mismo tiempo, y que al calor de la experiencia de trabajo unitario, las bases de las organizaciones reformistas pierdan los prejuicios hacia las organizaciones revolucionarias, observen en la práctica las diferencias con sus direcciones y puedan acceder a debates estratégicos que les permita también comprender, no sólo que los revolucionarios son los “ mejores reformistas” (las mejores propuestas para conseguir y consolidar reformas) sino las ideas y tareas revolucionarias. Es decir, el frente único encierra una dialéctica, una tensión, entre dos objetivos: la unidad de la clase a la hora de golpear (estratégica, algo que suele ser una demanda de los trabajadores en general) y que las organizaciones revolucionarias arrebatan sectores a las organizaciones reformistas a partir de la práctica (táctica). Ese doble objetivo era presentado por Lenin con una frase: golpear juntos, marchar separados. No se trata de hacer unidad con los reformistas para fortalecerlos, sino todo lo contrario, para debilitarlos. Por tanto, hay que medir la política de Frente Único en cada caso. Ver si sirve para el movimiento en general y para el avance de posiciones revolucionarias en particular.

Para que ambas cosas sucedan la política de frente único exige una serie de condiciones: no perder la independencia política (poder plantear abiertamente las orientaciones y postulados), un marco que permita la discusión y la unidad de acción (el marco

asambleario donde mezclarse con las bases de las organizaciones reformistas es el mejor, porque es el marco donde la experiencia de la gente, al participar de las decisiones crece más rápidamente, pero a veces la política de frente único sólo puede ser el resultado de un pacto por arriba entre organizaciones y hay que esperar pacientemente a los resultados de su política), una buena organización revolucionaria que permita estar mejor organizados que los demás a pesar de tener un tamaño menor. Si no se dan esas condiciones es muy probable que el trabajo de los y las revolucionarias al final sirva para engrosar las filas de las organizaciones reformistas.

Un sindicato es un ejemplo de frente único. Una organización donde se encuentran trabajadores y trabajadoras de diversas ideologías para luchar juntos por mejorar sus condiciones laborales. Es en ese espacio donde los y las revolucionarias pueden trabajar en el día a día con trabajadores y direcciones reformistas, y con sectores no ubicados totalmente en ninguna corriente concreta. Se consiguen avances en los derechos, se obtiene experiencia de la organización y de la lucha, se clarifican los campos sociales. A partir de ese trabajo entre la clase trabajadora los y las revolucionarias pueden plantear elementos de debate en la dinámica de la movilización o con sectores particulares. Es muy probable además que ciertos sectores sean capaces de relacionar como organizarse sindicalmente con un proyecto concreto. De ahí la importancia del frente único. Es importante en esos espacios abrir corrientes sindicales o espacios de debate, pero legitimándose por su esfuerzo y construcción del espacio unitario. Es importante, por eso mismo, que los sindicatos no tengan fronteras ideológicas muy cerradas (como los sindicatos anarcosindicalistas) sino que generen dinámicas amplias y que después los y las trabajadoras vayan asumiendo, a partir de la experiencia y el debate, posiciones más delimitadas. Pero nadie nace siendo anarcosindicalista, o trotskista o socialdemócrata, etc.

Una manifestación convocada por varios sindicatos también es un frente único. O una plataforma de asociaciones o colectivos. Son dinámicas construidas más bien por arriba pero lo importante es si son capaces de generar un efecto llamado a participar de manera unitaria en espacios o luchas a sectores amplios de la clase trabajadora. Manifestaciones donde se golpea por un objetivo común pero donde las organizaciones revolucionarias llevan sus propias consignas, posiciones, etc.

Syriza fue una experiencia de frente único, en el plano político, donde diversas corrientes, reformistas y revolucionarias, pusieron en pie un programa antiausteridad y antiliberal. A pesar de las diferencias de partida con las corrientes reformistas de Syriza, organizaciones hermanas como DEA (organización con la que Anticapitalistas mantiene una magnífica relación) trabajaban en el seno de Syriza para llevar al gobierno ese programa, sabiendo que si ese programa se llevaba a cabo y se apoyaba en una

dinámica de masas por abajo, la dinámica antiausteridad podía desembocar en una dinámica anticapitalista, acompañando la experiencia popular y de confrontación del gobierno con la clase dominante. Hasta que Tsipras firma el memorándum y renuncia a su programa, la dinámica de frente único fue útil. A partir de ese momento y cuando aparece el rol desmovilizador de Tsipras, tanto DEA como otras corrientes abandonaron Syriza para crear Unidad Popular.

Otras fuerzas de la izquierda radical se colocaron fuera de Syriza desde el primer momento, lo cual podía ser legítimo, pero no llamaron a votar Syriza ni hacer una coalición en el momento de la campaña que llevó a la victoria. Se quedaron en una posición de aislamiento, anunciando la traición de antemano, pero sin entender que la disputa en el movimiento que llevó a Syriza a la victoria iba a ser decisiva y para eso había que aparecer como los más útiles al mismo y no como periodistas que comentan desde fuera un proceso político. La derrota del movimiento, tras la traición, no giró al pueblo griego hacia las organizaciones de la izquierda radical sino hacia la desmoralización. Toda una lección sobre el frente único, sus potencialidades y sus límites; y sobre el sectarismo de otras fuerzas.

Otro frente único, desde el punto de vista político sería Podemos. Una unidad entre sectores reformistas (Iglesias, Errejón) y revolucionarias (Anticapitalistas) para generar un frente político antirégimen y antiliberal contra las políticas del bipartidismo.

En nuestra organización hermana francesa, el Nuevo Partido Anticapitalistas (NPA) existe un debate desde hace años de cómo relacionarse con las organizaciones que dirige y ha dirigido Melenchon (ahora su último proyecto se llama Francia Insumisa). El dilema es si sólo hacer frente único en el terreno social (en las “calles”, movilizaciones, etc.) o también en el plano político-electoral. Algunas compañeras plantean la idea de suscribirlo sólo al plano social para no perder la independencia política en relación al reformismo, y que en las elecciones se concurra solos para visibilizar una propuesta anticapitalista, y otras que piensan que para dar la batalla contra el reformismo hay que aparecer útiles y unitarios, también en los procesos electorales, ante las masas para dar la batalla contra la extrema derecha, la crisis y la austeridad; y dentro de una plataforma unitaria disputar elementos centrales y organizativos a Melenchon.

En cualquier caso, el frente único es un binomio dialéctico, que anda en tensión siempre entre dos patas: unitarios y radicales (unidad y disputa, si se quiere también). A veces tocará andar con las dos piernas; en otras ocasiones, en otros contextos, más unitarios que otra cosa; y en otras poner más el acento en la disputa, en la confrontación. Llevando esto último al extremo a veces tocará no ser unitarios (por ejemplo, en Vistalegre II nuestra unidad era con el sector coherente de las bases, pero no tocaba la unidad con otra corriente pues el peligro era el de desdibujar, incluso diluir, un proyecto de largo plazo

claramente anticapitalista). Pero en general presupone que el conjunto de tareas no se puede desarrollar solamente por fuerzas anticapitalistas o revolucionarias y hacen falta alianzas.

2.6 ¿Qué significan esos conceptos hoy?

La principal dificultad que tenemos para manejar esos conceptos hoy tiene que ver con una relación muy distinta entre la clase trabajadora y las organizaciones de todo tipo: sindicales, políticas, estudiantiles, etc... Hoy la clase trabajadora sigue votando a los partidos de izquierdas, pero ya no milita en ellos. Tampoco milita masivamente en los sindicatos. Los procesos de identidad de clase se han ido diluyendo por diversas razones que no tocan analizar aquí y eso está relacionado también con una dificultad para asentar relaciones estables entre las organizaciones de clase y la clase misma de manera orgánica.

Eso hace que la incondicionalidad con las direcciones ya no exista entre los votantes o simpatizantes y abre un espacio líquido, móvil. Este punto de partida pone como prioridad no sólo construir una nueva dirección política de la clase trabajadora sino también construir a la clase misma, su organización, solidaridad interna, reconocimiento mutuo, etc entre una clase fragmentada material y subjetivamente (fragmentada entre temporales y fijos, contratistas y empresas matrices, sector público y privado, raza, religión, género...). Esto impone más que nunca una práctica de frente único que permita ir haciendo experiencias de unidad del conjunto de la clase y que al mismo tiempo no suponga una recomposición de las viejas direcciones reformistas.

Por todo esto hay veces que se convocan plataformas con 50 organizaciones para manifestaciones o concentraciones y no se reúnen más personas que las organizaciones existentes. En cambio, dinámicas asamblearias como las del 15M, las Mareas, asambleas de trabajadores, tienen más de frente único (dinámica amplia) que los acuerdos entre organizaciones. Esto dificulta mucho cómo actuar para generar dinámicas amplias (que es el objetivo del frente único, no sumar siglas) y sobre todo cómo acertar. Además, las dinámicas de este tipo, si permiten una intervención democrática y pluralista de diversas posiciones, generan avances rápidos en la conciencia y en la experiencia de los participantes y es un lugar propicio de intervención para organizaciones Anticapitalistas, porque los aparatos reformistas tienen menos capacidad de frenar la potencia del movimiento.

Eso no excluye que en otros muchos ámbitos haya que seguir trabajando con esquemas clásicos; pero sobre todo, para los y las anticapitalistas, lo más importante a la hora de

definir la política de alianzas en cada lucha es medir la dinámica que se va a crear y la relación de fuerzas.

Por otro lado, esta incapacidad de los viejos aparatos reformistas de controlar todo lo que se mueve no puede ser la excusa para generar marcos que sólo se dirigen a sectores ultrapolitizados. Por tanto, experimentar y saber leer cada momento y cada espacio para ver qué tipo de frente único proponer, sabiendo que una dinámica amplia no debe sólo aspirar a movilizar y hacer partícipes a los militantes de organizaciones, sino a sectores en vías de politización; intermedios en cuanto a su nivel de experiencia, pero que son los sectores que en muchos casos van a decidir el curso de las luchas.

Otra dificultad que tenemos para leer las posibilidades del frente único hoy y de usar acertadamente otras categorías como frente popular es la relación que los partidos tienen con la clase y qué representan realmente. Fundamentalmente nos referimos a los partidos socialdemócratas, que no sólo han renunciado a cualquier transformación socialista de la sociedad sino que incluso son verdaderos garantes de políticas neoliberales. Mientras mantienen el voto de importantes sectores de trabajadores y trabajadoras, sus direcciones gestionan en favor de las élites económicas. Una base social y electoral trabajadora y un cuerpo dirigente mimetizado con la burguesía. En todas las experiencias de las últimas dos décadas en que organizaciones de izquierdas han asumido gobiernos con los partidos socialliberales, han acabado en desmovilización social, adaptación política, regalo del espacio a fuerzas con discursos populistas de extrema derecha, etc... (Rifondazione Comunista de Italia, el PCF francés, etc.).

Así, por ejemplo, el pacto de gobierno IU-PSOE en Andalucía no podría llamarse de Frente Único, pues su dinámica, en un momento de fragilidad del PSOE y de movilizaciones amplias, era desmovilizadora y sirvió para encorsetar la protesta social, cuando el PSOE perdía su credibilidad y sólo IU podía servir de amortiguador. Pero llamarlo Frente Popular o de colaboración de clases sólo serviría para buscar paralelismos históricos poco útiles para caracterizar bien la función de esa alianza. Es mejor hablar de un pacto que desmovilizaba y desorientaba en la lucha contra los recortes “vinieran de donde vinieran”. Igualmente aparece el mismo peligro de socavar la lógica destituyente desde el 15M con los pactos con el PSOE que busca la actual dirección “pablista” de Podemos.

Repetir mecánicamente fórmulas de unidad de la izquierda, como si eso significara siempre dinámicas que movilizan a sectores amplios, no es nada más que el espejismo de un proceso social que no siempre funciona en la nueva situación líquida y de sectores con mucha desafección con las organizaciones. Polemizando con organizaciones “trotskistas” que utilizan mecánicamente estas fórmulas, hemos afirmado que dejar participar a sectores como la JS en organizaciones estudiantiles en las que estábamos no

aportaba energía militante y social al movimiento (las organizaciones no significan apenas nada simbólicamente en momentos de desborde de la movilización) y en cambio generaba confusión al movimiento sobre las tareas de mantenerse independiente de las direcciones que han gestionado la crisis en favor de las élites.

En definitiva, sería bueno pensar las estrategias y tácticas unitarias en función de su capacidad de arrastrar a sectores intermedios y amplios, y en su capacidad de generar experiencias que permitan la autoorganización y potencien la radicalización. Un difícil equilibrio que dependerá de cada contexto. Pero evidentemente podemos afirmar que hay pactos y alianzas que desmovilizan y otras que generan el efecto contrario, al menos sería bueno identificar esto en nuestra política de alianzas.

3. Programa

Un elemento importante para una organización es la traducción programática (de medidas y aspiraciones) del proyecto de sociedad a los contextos concretos, pero también como vía de movilización, de construcción de los sujetos a través de la acción y la experiencia. Un programa debe responder a las demandas de los de abajo, al mismo tiempo que tiene que dibujar trazos de la sociedad a la que aspiramos. Volvemos a presentar un esquema de trabajo sobre el programa que trata de describir dos errores simétricos y apuntar una tercera solución más apropiada para una fuerza anticapitalista.

Primer error. El sectarismo, el programa de máximos. En general hablamos de organizaciones cuyo programa y propuestas están ubicados muy por encima de los niveles de conciencia de la sociedad y de las relaciones de fuerza y no tienen eco, no sólo entre los sectores con menos conciencia de la clase, sino ni siquiera entre los sectores intermedios. La tarea de las revolucionarias no es convencer y acompañar los procesos de las convencidas sino a las que todavía están por convencer. Esa posición de autosuficiencia, maximalista, es una posición sectaria, que no podemos decir que corresponda a una posición revolucionaria, sino a la estética y el discurso que se encierran en la vocación de marginalidad y autorreferencialidad.

Eso no exime a las organizaciones y militantes Anticapitalistas a navegar a contracorriente en momentos importantes (por ejemplo, el discurso antibelicista e incluso derrotista de los Bolcheviques durante la primera Guerra Mundial en Rusia). Pero en general nuestra vocación debe ser siempre convencer y hacer a experiencia con los sectores intermedios de la clase, sobre todo en este momento en el que la clase (con conciencia de sí misma y

no sólo sociológicamente hablando) está por reconstruir y por tanto necesitamos que se sumen al activismo consciente miles y millones.

El programa de máximo es ubicar en una orilla de un río (en la orilla donde debemos llegar) a los revolucionarios y en la otra (la orilla donde estamos realmente) a la clase.

Segundo error. El programa de mínimos, el reformismo y el oportunismo. Hablamos de organizaciones o corrientes cuyo programa se sitúa justo en el lugar posible para las relaciones de fuerza y los niveles de conciencia de la mayoría. En realidad, esto tampoco es útil para hacer avanzar el nivel de conciencia, pues las organizaciones se adaptan justo al campo de lo posible, mientras que la tarea de las revolucionarias es ensanchar el campo de lo posible, hacer aumentar el nivel de conciencia y de fuerzas. Retomando la metáfora del río, nos encontramos que estas organizaciones, sus propuestas y prácticas se sitúan en el mismo lado del río que la mayoría social (lo que es) sin intención ni capacidad de hacer cruzar a la otra orilla (deber ser).

Una particular práctica oportunista, muy vinculada a ciertas tradiciones de los Partidos Comunistas, ha sido construir una épica muy movilizadora, con una retórica una tanto “izquierdista” si se quiere, al mismo tiempo que se claudica políticamente.

Tercera propuesta, una metodología transitoria. León Trotsky es el artífice de una reflexión sobre metodología que trata de romper esa dicotomía entre máximo y mínimos, o de los máximos que se convierten en mínimos en la práctica. En otros ámbitos, fundamentalmente en el ámbito de la Educación y la Pedagogía se abrieron reflexiones parecidas para acertar con métodos que permitieran al alumnado avanzar a partir de su punto de partida inicial y no el concebido en la cabeza de los y las docentes.

Vamos a tratar de ahondar en dicha metodología, que es lo más interesante y actual, y no tanto en las medidas concretas que propuso Trotsky en su momento y que respondían a su contexto.

Para Trotsky un programa y un repertorio de acciones, una construcción política, debe incluir elementos de máximos, elementos de mínimos pero sobre todo debe incluir elementos transitorios; es decir, elementos que pueden ser asumidos por el nivel de conciencia medio pero que entran en conflicto con la clase dominante, generando una dinámica política que dicotomiza el campo político entre la clase trabajadora (unificándola) y la burguesía; respondiendo a necesidades inmediatas de la mayoría pero trazando elementos anticapitalistas, de la sociedad ecosocialista a la que aspiramos. Dicho de otra manera, una organización revolucionaria es un o una ingeniera de puentes, permitiendo el tránsito, a través del conflicto con los de arriba entre lo que es y lo que debe ser, entre ambas orillas.

Por ejemplo, en el momento del rescate bancario que hizo crecer la deuda pública, además de por tener una fiscalidad que grava sobre todo a las rentas del trabajo y deja libre a las del capital (aunque son los que se quejan de la presión fiscal que tienen) y se provocó una política económica de recortes públicos; la consigna de auditoría de la deuda e impago de la misma tenía el potencial para ser comprendido al mismo tiempo que construía trinchera de los de abajo contra los de arriba, haciendo comprender los mecanismos de enriquecimiento de una minoría, de empobrecimiento de la mayoría y los vasos comunicantes entre poder financiero y político.

Igualmente transitoria nos hubiera parecido una campaña de las fuerzas políticas y sociales para prohibir los despidos en empresas con beneficios.

Alguna sección de la IV Internacional había llevado a cabo una propuesta muy interesante para luchar contra los despidos en una empresa automovilística en los años de crisis del sector. Planteó que la empresa produjera trenes, tranvías, autobuses, etc... eso suponía levantar el nivel de conciencia ecológico de los y las trabajadoras (al mismo tiempo que estar en su batalla contra los despidos) y acercar al mundo ecologista, crítico pero elitista, a la necesidad de tener un proyecto social y un sujeto al que apelar interviniendo en sus problemáticas y preocupaciones. Una salida para dibujar un horizonte donde el transporte público y las energías limpias puedan ser centrales, pero haciendo el camino con los y las trabajadoras.

Por otro lado, esta metodología o forma de trabajar no se limita a la cuestión de medidas sino que sirve de brújula para intervenir en los problemas políticos, sociales y sindicales y no caer en la dictadura del “no se puede” o de la maldita relación de fuerzas, sino que buscar ensanchar las mismas en favor de los sectores subalternos.

Tomando como ejemplo el debate sobre si el gobierno andaluz PSOE e Izquierda Unida, es evidente que el argumento de la dirección de Diego Valderas en su momento para entrar a gobernar diciendo que era lo que pedían los votantes de izquierda no era una falacia, sino bastante real. El problema es que, aunque su base social pensaba eso, la cuestión central para una organización transformadora era como hacer avanzar a tu base y no adaptarte simplemente a ella. Evidentemente dejar gobernar al PP hubiera sido un error sectario, que imposibilitaba dialogar con toda la base electoral de la izquierda en ese momento. Peor se podía haber dado la investidura a cambio de tres o cuatro cosas importantes, anunciar que no se iba a entrar en gobierno, que se iba a trabajar para construir una alternativa política con las movilizaciones que se realizaban en la calle en aquel momento.

Otro elemento para la reflexión podría haber sido cómo enfrentar una transición en este país, en la que el empate en la relación de fuerza entre franquismo y oposición implicaba

dilemas importantes para el movimiento obrero. Para un sector (el PCE) no existían fuerzas para la ruptura y había que pactar la reforma con el sector liberal de la dictadura (Suárez). Para otro sector (como la Liga y otros), el estado español era el país con mayor número de huelgas en Europa e iba en ascenso, el movimiento sindical aparecía como imparable (a pesar de ser ilegal) y el movimiento juvenil se aceleraba; en esas condiciones pactar la reforma era no tener fuerzas para la ruptura en el mañana porque suponía legitimar como democrática una transición para que las élites no cambiaran su posición, desmovilizando a toda la potencia del movimiento obrero del momento. Quizás era mejor no ser parte cómplice de esa transición y esperar un mejor momento, que ser parte de una fiesta que no ibas a dirigir y que necesitaba del sello democrático que sólo el pce y las ccoo de aquel momento podían darle.

4. Poder

No vamos a entrar en profundidad en la naturaleza de los estados contemporáneos, en el perfeccionamiento de los mecanismos de regulación económica, consentimiento y dominación de las clases dominantes; incluidos todos los mecanismos cotidianos, biopolíticos, anclados en todos los poros de la sociedad y de la vida. Simplemente, afirmamos como Daniel Bensaid, que el poder existe y es tan real, que aunque tú quieras huir de él, él no se olvida de ti. “La naturaleza aborrece el vacío” y si las clases subalternas no ocupan el poder (aunque sea para democratizarlo, aunque sea para ir extinguiendo las partes más “oscuras” del mismo), serán otros y otras quienes lo ostenten. No hay alternativa a tomar el poder, a la revolución en el sentido de la toma de un bloque histórico (en una alianza de una clase trabajadora mestiza y plural con todos los sectores subalternos) para asumirlo e ir a la fuente de las desigualdades para construir otra sociedad distinta.

En situaciones prerrevolucionarias los de arriba ya no pueden dominar como antes y los y las de abajo ya no se dejan dominar. Antes de estos momentos existen siempre contrapoderes, resistencias cotidianas organizadas que suponen construir otras dinámicas alternativas a las impuestas por el capital y el poder de la clase dominante. Son lugares de ensayo, de experiencias necesarias para empoderar y para dibujar trazos de una sociedad alternativa. Esto entroncaría bien con la idea de Antonio Gramsci acerca de su hipótesis que afirma que en las sociedades con estados muy autoritarios pero con sociedades civiles débiles la toma del poder es sencilla pero mantener el mismo sin poder apoyarse en una sociedad civil organizada y estructurada con hegemonía de posiciones revolucionarias es muy difícil. Por eso pensaba que en sociedades donde la clase

dominante mantiene el poder a través de mecanismos de consentimiento, es decir, de una estructura de sociedad civil fuerte donde sus ideas, su cosmovisión, sus valores, etc. son hegemónicas, la toma del poder viene precedida por una guerra de posiciones, de conquista de enclaves importantes en la sociedad, en el aparato institucional también pero fundamentalmente en la sociedad civil, construyendo trincheras sociales desde la que después dar el salto (lo que llamó entonces la guerra de movimientos, con un esquema inspirado en la primera guerra mundial).

Pero en situaciones revolucionarias los y las de abajo, en su confrontación con la clase dominante, constituyen órganos de poder, no sólo de contrapoder, que son capaces de controlar parte de la vida económica, social y política (desde la producción al transporte o el abastecimiento o la seguridad pública) de un país en pie de igualdad con el poder dominante porque la característica fundamental es que una parte importante de la sociedad entra en la arena de la acción política y social. Es lo que llamamos una situación de dualidad de poderes o de doble poder. Cada revolución tiene su propia gramática, su propio marco de enfrentamiento con la clase dominante, su propia estructura social. Y los órganos de doble poder, su papel, funcionamiento, etc dependen de cada proceso. Soviets en Rusia, Consejos en Alemania, Comités en la revolución española, etc... Estos órganos de poder no tienen por qué prefigurar los órganos definitivos de una sociedad ecosocialista alternativa. Tampoco pueden convivir en un empate técnico permanente el viejo poder y el nuevo poder, uno de los dos se impondrá al otro (si es el nuevo poder el que se impone la revolución habrá obtenido su primera victoria, ahora quedará una larga marcha por la transformación social). De manera sintética y hasta un poco simplista podemos presentar algunas posibilidades de procesos revolucionarios y ver qué esquema podría adaptarse mejor a nuestro contexto, anticipando, por tanto, la planificación del trabajo, la adecuación de esfuerzos, prioridades y recursos de una organización como Anticapitalistas.

La Huelga general Insurreccional. La dirigente revolucionaria Rosa Luxemburg, militante del ala izquierda del SPD alemán hasta su ruptura con éste, formuló una hipótesis sobre el desencadenamiento de un proceso revolucionario, como una sucesión de huelgas generales, en las que la autoorganización por debajo de las mismas daría lugar a la construcción de comités que irían de la preparación de las huelgas a un paso posterior que consistiría en el enfrentamiento por controlar parte de la producción, la seguridad, el abastecimiento, etc...hasta que el órgano central de la Huelga General se tornaría insurreccional en el sentido en que aspiraría a derrocar el poder e instauraría un gobierno provisional revolucionario. La dinámica de participación, acción y conciencia que se desarrolla en las huelgas generales (por eso nos interesan siempre desarrollarlas por abajo) facilitarían esta dinámica. Unos apuntes a esta hipótesis. Esta perspectiva debe contar con los problemas de países con un número de desempleados amplio, por un lado,

y un formato de la organización del trabajo donde la gran fábrica tiene menos peso en la concentración de trabajadores y trabajadoras. Eso significa que las formas de una organización insurreccional combinarán la huelga en la producción con otros dispositivos sociales. Independientemente del desarrollo desolador posterior la primavera árabe en Egipto o en Túnez combinaron la toma de plazas, la organización en la calle y poderosos movimientos huelguísticos (Egipto) o de ocupación de fábricas (Túnez). Cualquier organización revolucionaria que se precie debe aspirar a tener un peso importante en fracciones organizadas de los trabajadores y fundamentalmente, pensando no sólo en parar la producción sino más bien en reapropiarla y democratizarla, en sectores como las finanzas, el transporte o las telecomunicaciones, por poner algunos ejemplos de sectores que serán claves en una confrontación con la clase dominante.

La Guerra popular prolongada. El doble poder territorial. Durante el siglo XX, en el enfrentamiento entre la clase capitalista y las clases trabajadoras (en sentido amplio) han surgido momentos en los que el territorio se dividía entre una zona controlada por los viejos poderes y otra por los nuevos. Coexistía un doble poder territorial, que se mantenía con un esquema de relaciones de fuerza entre el viejo ejército y una nueva organización militar que se oponía o avanzaba sobre el anterior. La guerrilla fue la forma convencional (ya hemos citado los casos de Italia, Francia y Yugoslavia). Es curioso como aquí, de todas maneras, la huelga general de tipo insurreccional apareció complementando las acciones guerrilleras, convirtiéndose en pieza clave de la acción de masas urbana y de la disputa definitiva por el poder. Ponemos el ejemplo de Cuba, donde la Huelga General antes de la llegada de los barbudos a La Habana supuso también dirimir dentro del bloque que luchaba contra la dictadura de Batista qué tipo de poder se iba a imponer después; o en la revolución sandinista (Nicaragua), el papel también de las acciones huelguísticas en la capital (Managua). No ahondamos mucho en esta hipótesis que permanece descartada por factores técnico-militares pero en última instancia políticos. Pero sí convenimos un par de avisos. El primero que la clase dominante nunca ha demostrado en la historia estar dispuesto a ceder los privilegios por las buenas, aunque sus posiciones estén minorizadas también en los marcos democráticos. Que los métodos y reacciones de la clase dominante deben ser anticipados para no caer en propuestas ingenuas, que conduzcan una y otra vez a la derrota y pongan en bandeja la venganza sobre los sectores más comprometidos con los y las de abajo. La segunda, que la violencia juega un papel perverso, de manera natural, en las organizaciones y proyectos, y al menos deben existir debates profundos y vacunas que limiten sus efectos en proyectos que aspiran a sociedades basadas en la convivencia entre iguales (la crueldad, la revancha, la arbitrariedad...).

Nuestra hipótesis más previsible hoy tiene que ver con un gobierno que ponga encima de la mesa un programa que enfrente la recuperación de derechos e impedir de la

mercantilización de la vida. Cómo se alcanza ese gobierno y qué escenarios vienen después van a ser las preguntas claves. En general nuestra hipótesis está precedida por los niveles de confianza que la mayoría social suele depositar en las instituciones, aunque no sean instituciones concebidas para la mayoría. Por tanto, el escenario más previsible para crear las condiciones de una transformación profunda, es que un ciclo de luchas políticas y sociales, masivas, vayan generando las condiciones para la llegada a un nuevo gobierno, que apoyado en un movimiento popular importante, con posiciones ganadas en la sociedad civil, con toda una arquitectura de contrapoderes dispuestos a ser poder lleven a cabo un programa ofensivo para ganar derechos para la mayoría y recuperar a la naturaleza de su expolio. En ese bloque político y social, muy heterogéneo, con niveles de conciencia y compromiso muy distintos, los y las Anticapitalistas debemos jugar el pape de ser un dispositivo que ligue y cohesione a esos sectores con una brújula común, un programa y una acción antiliberal que pueda convertirse en Anticapitalista de manera consecuente. Evidentemente, cuanto más consecuente sea dicho gobierno más cruda será la reacción de la clase dominante, más decisiva será la autorganización popular y más esferas de poder deben ser arrebatadas a la clase dominante. Syriza podría haber sido un ejemplo pero en el momento de la aceleración de las contradicciones y el conflicto con la clase dominante y toda la arquitectura institucional (incluida la Unión Europea), Alexis Tsipras claudicó y la izquierda revolucionaria no fue lo suficientemente fuerte para pesar más en el debate en el seno de Syriza. Una fuerza como Anticapitalistas debe tener por tanto militantes en frentes político-electorales y en el frente social (feminista, juvenil, sindical, ecologista, lgtbi,barrial, etc...) que permita influir en una dinámica Anticapitalista en ambos frentes.